

la ciudad, mientras que Pizarro, sitiado hacia nueve meses, se defendía en la otra á la cabeza de un puñado de valientes. Habiendo hecho huir Almagro, ó engañado á los naturales, consiguió hacer á su rival prisionero, y se hizo dueño de la rica ciudad. Pero los vencidos pudieron consolarse de sus males, viendo á los conquistadores desenvainar el acero unos contra otros. Achacoso Almagro por la edad, quedó vencido (1538), y prisionero á su vez, fué condenado á la horca. Espantado con la ignominiosa muerte que le aguardaba, él, que tanto la había desafiado en el campo de batalla, se deshonró implorando la piedad de Pizarro, que, como él, no había conocido jamás este sentimiento. Sólo se encontró á un desgraciado negro para tributarle los últimos deberes. Manco-Capac se retiró á los Andes, y con él concluyó el imperio de los Incas.

Las riquezas no produjeron la prosperidad. La abundancia del oro hizo encarecer los demás objetos. La pasión del juego llegó á empobrecer á aquellos que la víspera nadaban en la opulencia, y la corrupción se desencadenó con desvergüenza sin igual.

No sólo Pizarro había oprimido hasta el exceso á los naturales, sino que también había descontentado á los colonos, y en la partición de los territorios y de los indígenas, los partidarios de Almagro habían sido excluidos; de aquí procedió una grande irritación. Agrupándose, pues, en rededor del hijo de Almagro, se amotinaron, dieron muerte á Pizarro, y se dedicaron á perseguir á sus partidarios, tratando de arrancarles con tormentos las riquezas que pretendían debían poseer (1541). Desde este momento se envenenaron los odios; los nuevos gobernadores no tenían ni talento ni autoridad, y si les acontecía á veces querer proteger á los indígenas, incurrian en la indignación de los españoles; y Diego Almagro, que se rebeló abiertamente, fué cogido y entregado al suplicio. Así era el cadalso la apoteosis reservada á los conquistadores, que demasiado habían merecido su suerte.

Reconociendo Carlos V la importancia del Perú, decidió que todas las tierras pertenecían á la corona, á la cual debían volver á la muerte de los primeros feudatarios; declaró, además, que á los esclavos se les devolvería la libertad,

y que los demás naturales podrían, á precio de dinero, rescatarse de los trabajos que les estaban encargados. Blas Nuñez de Vela, que llegó al Perú, portador de aquella orden, quiso que fuese ejecutada sin modificación ni retardo; de esta manera se encontraron los nuevos propietarios desposeídos de repente, y varios oficiales fueron hechos prisioneros.

Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador, que él mismo había conquistado países muy difíciles de someter, se puso entonces á la cabeza de los descontentos que se rebelaron, y se hizo reconocer en calidad de gobernador, después de haber sido muerto en una batalla el virey Nuñez. Se estableció en Lima, ciudad fundada por su hermano para ser la capital del país, y obró allí como rey, aunque se negase á tomar el título. Carvajal le aconsejaba se casase con una hija del sol, reconciliase á los peruanos y españoles y hacerse soberano independiente; pero no sabiendo ser criminal sino á medias, dejó á los españoles el tiempo necesario para tomar la iniciativa. No considerándose Carlos V bastante libre en sus movimientos para anadarle por la fuerza, recurrió á la perfidia. Pedro de la Gasca, sacerdote virtuoso y de raro desinterés, fué encargado por el emperador de llevar la seguridad de un perdón general á todo el que volviese al deber, y hasta conceder el vireinato á Pizarro; satisfecho «hasta con que el diablo lo tuviese, con tal que conservase las minas del Potosí. Si Pizarro se obstinaba, el enviado debía reclamar la ayuda de las colonias.»

Partió, pues, Gasca solo, de bastante edad y sin armas, para restablecer la paz en un país situado á mil doscientas leguas de su patria. ¿Pero cómo conseguirlo? Gonzalo creyó notar en sus procedimientos una aversión particular á él, y le obligó á pensar en los medios de hacerse obedecer por la fuerza. Estalló, pues, la guerra civil. Abandonado Pizarro por los principales oficiales, cayó, en fin, prisionero, y fué condenado á muerte, así como Carvajal. De esta manera es cómo Carlos V recompensaba á sus héroes; como la justicia divina pagaba con la ingratitud política las atrocidades políticas de los primeros conquistadores. Esforzose Gasca en dulcificar la suerte de los peruanos, en la imposibilidad en que estaba de dispensarles in-

mediatamente trabajo. Ocupó á los descontentos en nueve expediciones, en que pudo amortiguarse su ardimiento, y después de haber recompensado con largueza á los que le habían secundado, mandó á Carlos V 1.300.000 pesos, volviéndose después, pobre como antes, á su piadosa oscuridad, de donde fué sacado para ser promovido al obispado de Palencia.

¿Cómo hubiera sido posible mejorar la suerte de un país en que no se cuidaban más que del oro, ó del oro dependían las traiciones y la fidelidad? Por su insensata política, la España excitaba los descontentos, prolongaba las venganzas y facciones; recurría después, para reprimirlas, á un régimen de terror, como si hubiera querido vengar con la sangre de los suyos la de los peruanos. Manco-Capac no había cesado de ser el objeto de un constante afecto por parte de los peruanos, hasta el momento en que fué muerto por un español. Sus dos hijos parecieron peligrosos al virey de Toledo, y urdió una trama para hacer que Sairi-Tupac, su sucesor, se entregase en sus manos. No tardó en morir. Su hermano Amara-Tupac, habiéndose á su vez negado á ir, fué sitiado, cargado de prisiones y decapitado. Con él pereció la última esperanza de los peruanos, que quedaron presa de una partida de avaros extranjeros, y se doblegaron á su yugo, dóciles como eran, hasta el punto de no tener valor ni para quejarse. La ejecución de las órdenes dadas para abolir las reparticiones y la esclavitud se diferió por mucho tiempo; pero, en fin, tuvo por efecto la formación de los ayuntamientos. Sin embargo, era muy difícil á tan gran distancia refrenar en sus excesos la avaricia de los particulares.

Un reino con exceso de población se vió reducido á una de 3.000.000, y obligado á recurrir al trabajo de los negros, lo cual hizo que la industria y la agricultura pudiesen. Los grandes monumentos que acababan de concluirse á la llegada de los conquistadores, se arruinaron; pero los peruanos no olvidaron á los hijos del sol, y de tiempo en tiempo se proclamó un nuevo Inca, como aconteció en 1742. Cuarenta años después, Gabriel Condorcanqui, descendiente de Amara-Tupac, cacique de Tungasuca en el país alto, cuya educación se había hecho en Cuzco por los jesuitas, tomó el nombre de Ama-

ra, y se puso á la cabeza de sus compatriotas, que, oprimidos hasta el exceso, se sublevaron contra los españoles. Pero, dominado por sus pasiones, carecía de la resolución necesaria en un jefe de rebelión. En lugar de conciliarse á los criollos, que odiaban á los españoles, los trató como á enemigos; de todos modos se sostuvo más de un año, rodeado de la multitud de peruanos, cuyos recuerdos había despertado, oponiendo á la disciplina un valor desesperado. Hecho, en fin, prisionero, fué condenado á asistir al suplicio de su mujer é hijos; luego que se le cortó la lengua, fué arrastrado por cuatro caballos. Su casa fué arrasada y toda su familia condenada á muerte ó desterrada. Perdieron los indios los privilegios que les quedaban; se abolió sus fiestas ó reuniones, y se prohibió á todo peruano el tomar en adelante el título de Inca.

Aquella feroz ejecución, que manifestaba que los españoles no habían degenerado de la barbarie de sus padres, hizo la resistencia aún más encarnizada. Centenares de españoles sucumbieron por cada cabeza que había caído en Cuzco. Andrés, primo de Amara, para ganar sin cañones la ciudad de Gorata, hizo caer sobre ella torrentes de las montañas, y de veinte mil ciudadanos que contenía no se libertó más que un sacerdote. Pero ayudando la política y las traiciones á los españoles, se apoderaron de los jefes, apaciguaron á los demás habitantes, y el último vástago de los Incas estuvo prisionero en Ceuta hasta 1820, época en que se proclamó la Constitución.

Sin embargo, las artes y la civilización europea se introducían en aquellas comarcas. Carlos V fundó en 1545 una universidad en Lima, con tres colegios reales, que por momentos contaron doscientos maestros y dos mil discípulos. Otros vegetales fueron á aumentar el número de los que los indígenas cultivaban ya, y útiles animales enriquecieron el suelo que ayudaron á fecundizar.

CAPITULO VI.

Las Antillas. — Los filibusteros.

Ya hemos visto que en los antiguos mapas mundis, la *Antilla* se encontraba indicada en el Océano unas veces como una sola isla y otras

como un grupo de ellas, y que unos la colocaban hácia las Canarias y otros en las cercanías del Japon. Persuadido Cristóbal Colon de que habia llegado á la India, aplicó el nombre de Antillas al archipiélago que se extiende por la extremidad meridional de la Florida á la entrada del golfo de Méjico, hasta la embocadura del Orinoco, en una curva de seiscientas millas, á poca distancia del archipiélago de las Lucayas, adonde Colon llegó primero.

Estas islas estaban probablemente reunidas en otro tiempo á los dos continentes, de donde las habrá separado el mar; pero el exámen geológico hace creer que várias de ellas han surgido posteriormente á las de formación granítica y metálica, que se podian llamar primitivas, como Cuba, Haiti, la Jamáica y Puerto-Rico. Numerosos volcanes arden aún en aquellos parajes, donde frecuentes temblores de tierra sepultan en los abismos ó derriban ciudades enteras. Aún están expuestas á otro azote con los huracanes que se desencadenan por todas partes con furia sin igual, arrastran piedras enormes, y en medio de los estallidos del rayo, y de torrentes lluvias, levanta trombas marinas, arrojan á la costa los barcos de mayor porte, y barren en el campo los árboles y los edificios.

Sin esto el clima sería encantador; bajo aquel cielo siempre sereno, nunca pierden los árboles su lozanía; la estacion de las lluvias no hace más que reanimar la vegetacion, que despliega entonces un vigor lujoso, rivaliza en pompa con las regiones ecuatoriales, y alimenta á aquella multitud de insectos, tormento de los países tropicales.

Los vientos alisios, que soplan invariablemente del Este, han hecho llamar á las Antillas, *islas del viento* á la parte de Oriente, é *islas bajo el viento* á lo largo de las costas de Colombia. Los europeos encontraron allí dos razas principales de habitantes, bien diferentes en sus costumbres y en el aspecto físico. La una, en las islas del Mediodía, procedente de la Guyana, de donde la habian arrojado los robustos arrowakis, se llamaba caribe; eran hombres de tez cobriza, ágiles, de elevada estatura, vigorosos, siempre ocupados en hacer incursiones á las demas Antillas y al continente, para procurarse prisioneros que comer.

Opusieron á los europeos una resistencia tan tenaz, que fué preciso exterminarlos; y probablemente no queda ninguno de su sangre. Los demas habitantes de las Antillas eran afales, hasta afeminados, y la mayor parte sucumbieron á las rudas fatigas que les impusieron los conquistadores.

Los españoles fueron primero los únicos que sentaron allí su planta, y ya hemos referido lo que aconteció en las más importantes de aquellas islas, donde primeramente fué puesto en ejecucion el absurdo sistema de las colonias. Despues no hubo potencia que no quisiese tener allí un establecimiento, y cultivar la caña de azúcar, que se daba allí mejor que en su suelo nativo. Los holandeses tuvieron á Curazao (1634), roca con un excelente puerto, desde donde traficaban con Venezuela; además San Eustaquio, bien fortificado con la fértil Saba (1639), y disputaron largo tiempo á los franceses á Tabago, que fué despues presa de los ingleses (1696). La Dinamarca compró á la compañía de las Indias Santa Cruz y Santo Tomás, y muy prontamente tuvieron por asociados á muchos negociantes de Brandemburgo (1671). Finalmente los suecos ocuparon á San Bartolomé, que comparon á la Francia (1795).

El grupo de las pequeñas Antillas fué casi enteramente propiedad de los franceses; pero la compañía hizo tan poco caso de él, que las volvió á vender separadamente. Boisseret compró en 73.000 francos la Guadalupe, María Galante y las Santas; Duparquet en 60.000 la Martinica, San Luis, Granada y las Granadinas, de las cuales vendió dos en 80.000 francos; la órden de Malta pagó 50.000 escudos por San Martin, San Bartolomé, Santa Cruz y la Tortuga (1650).

Los compradores gozaban de una autoridad absoluta, tanto sobre las tierras como sobre los empleos civiles y militares, y el derecho de gracia. Continuó el interés privado mejorando aquellas posesiones, excepto que los holandeses continuaron haciendo un comercio muy activo de contrabando.

Santo Domingo, primer establecimiento de los españoles en el Nuevo Mundo, pronto se encontró despoblado, como ya hemos dicho, y los negros que se habian trasladados allí para suplir los indígenas, se sublevaron: primera

reaccion de aquella raza negra, que debía dominar allí más tarde. Un temblor de tierra derribó la ciudad; despues el almirante Drake asoló la isla por órden de Isabel. Habiendo perecido los indígenas, los especuladores dirigian voluntariamente sus miras hácia Méjico, el Perú y la Nueva Granada, y los pocos colonos que quedaban, faltos de brazos y de capitales para la explotacion de las minas, vivian de la piratería. Aún se entregaron más á ella desde el momento en que, habiendo el gobierno prohibido comerciar con los extranjeros, hizo destruir con este objeto los trabajos de los puertos; los habitantes se vieron de esta manera reducidos á los recursos del interior, y apenas quedaron catorce mil criollos y mil doscientos negros insurrectos.

En su consecuencia, la principal ocupacion de las Antillas fué siempre el contrabando; conspiracion de la sociedad contra el fisco, que restablece el equilibrio de los cambios, roto por las leyes prohibitivas, y en el que todo el que sabe arriesgar gana siempre; rebelion del comercio, que tiene su parte dramática y hasta heróica. En todas aquellas rocas se habian emboscado multitud de atrevidos corsarios, mezcla de todas las naciones, que llenaron el mundo con la fama de sus proezas temerarias, y que buscando las costas más peligrosas, conspirando contra las tempestades, contra el mal génio de la prohibicion, y sus leyes, tan razonadas como impotentes, merecieron un lugar en la historia.

La magnífica isla de Cuba permanecia, por decirlo así, despoblada, y como abundaba en caza mayor, los que se dedicaban á la piratería iban á hacer allí sus provisiones. En su consecuencia, el comercio de los víveres fué allí muy lucrativo. Los *matadores*, despues de haber muerto la res, la hacian sacar á la manera de los caribes, sobre parrillas, al calor de un brasero. Esta operacion se llamaba *boucan* en la lengua del país, de donde procede el nombre de *boucanieros*, dado á los que la practicaban, franceses en su mayor parte, y que en su asociacion tenian el género de vida de que nos ofrecen ejemplo las partidas de salteadores. El cazador bucanier llevaba por traje pieles naturales, que arrancaba á las fieras y á los toros. Iba siempre acompañado de veinticinco á

treinta perros, y armado con un fusil cargado con una bala de á onza, único instrumento de su arte, y el solo medio que conocia para resolver sus cuestiones con los compañeros. Era proverbio entre ellos que Dios habia dicho: «Matarás toros durante seis dias; el sétimo llevarás sus pieles á los barcos.» Cuando el cazador no estaba en la caza, iba á examinar las pistas y los sitios, á derribar naranjas cortándolas por el rabo de un tiro, ó tambien se ocupaba en formar discípulos. De esta manera es como vivia en una soledad de su eleccion, en medio de sus perros y de sus *enganchados*, especie de criados que iban de Europa para entrar á su servicio en el que se comprometian á pasar tres años antes de ser ellos cazadores. Si veian un barco, corrian á la costa, donde amontonaban las pieles y las reses. El cambio se hacia en pocas palabras, y volvia en busca de nuevas provisiones. Los españoles adoptaron para desalojarlos el partido de destruir á los toros salvajes en las Antillas; pero habiéndose apostado piratas ingleses en aquellas islas, en las que se aseguraban con las armas en la mano sus operaciones de contrabando, se les llamaba de una palabra indígena *feer-boeteros*, y por corrupcion *filibusteros*. Una comun enemistad contra los españoles, y el deseo de enriquecerse por el latrocinio, reunieron estos piratas á los cazadores, tomaron entonces el nombre de *hermanos de la costa*, y se dieron reglamentos, á propósito para enemigos de la sociedad.

Se habian reunido ya una porcion de franceses é ingleses que ocuparon la isla de San Cristóbal donde cultivaban el tabaco; pero expulsados por los españoles, se pusieron unos á corsarios y otros pasaron á la Tortuga, islote próximo á Santo Domingo, donde establecieron su depósito y el centro de sus expediciones; como hostilizaban con especialidad á los españoles, estaban bien mirados por los enemigos de esta potencia y recibian de ellos patentes en corso.

Reinaba una perfecta igualdad de derechos entre los filibusteros; no tenian mujeres ni hijos; todo era comun entre ellos, excepto alguno que tenia bajo su dependencia un enganchado, á quien heredaba. Sucios y mal vestidos, toda su ambicion se reducía á poseer un buen fusil; tomaban un nombre nuevo despues de su

bautismo, es decir, después de la aspersión que se acostumbraba á dar á los marinos la primera vez que pasaban los trópicos. Tenía para ellos un atractivo poderoso la libertad absoluta y el diario ejercicio de actos de valor; no tenían ni jueces ni sacerdotes; el que era insultado mataba al ofensor, é iba en seguida á participarle á sus compañeros, quienes examinaban el hecho, y si el ofendido había obrado con justicia enterraban al difunto, y no se volvía á hablar más de ello; pero en el caso contrario, ataban al matador á un árbol y cada uno le disparaba un tiro.

Hacinados en barcas descubiertas, sin más provisiones que galleta, agua y fusiles, pasaban semanas enteras tendidos unos encima de otros por falta de espacio, y sin tener más que un pedazo de vela para librarse de un sol perpendicular; se veían expuestos con frecuencia á los horrores del hambre, pero se obstinaban en no volverse con las manos vacías.

Toda su esperanza estaba en divisar un buque en el horizonte, y en seguida corrían derechos hácia él. Más de una vez, animados con aquella intrepidez feroz á que nada se resiste, les ocurrió poner á rescate y hasta tomar al abordaje navíos de guerra, cuyo simple choque habría bastado para echar á pique sus frágiles barcas. Apenas se aproximaban, cuando sesenta ó noventa hombres resueltos se lanzaban á bordo armados hasta los dientes; su primera operación era apoderarse de la Santa Bárbara, dispuestos á hacerse volar con toda la tripulación poniendo fuego á las municiones. Era absolutamente preciso ceder á unas gentes que jamás se batían en retirada y que se burlaban de la muerte. De aquí esos prodigios de valor, cuyo relato apenas puede creerse. Pedro Legrand, de Dieppe, abordó un galeon, echó á pique su propio barco, y al mismo tiempo se encaramó en las cuerdas y se lanzó sobre el puente, excitando tanto terror y admiración, que se apoderó por sí solo del barco ricamente cargado. Montbars gritaba á los que atacaba: *Defiéndete para que te pueda matar.*

El botín se llevaba á la isla de la Tortuga, y allí se repartía con una lealtad que no es rara entre bandidos; las primeras partes eran para los heridos, que recibían además una indemnización determinada, es decir, cien escu-

dos por la pérdida de un ojo, doscientos por la de un brazo, y la cuota de los que habían muerto se enviaba á sus familias, y si no las tenían, se distribuía á las iglesias para procurarles oraciones. Hechas las partes, los filibusteros disipaban lo que habían adquirido tan trabajosamente, y vueltos luego á su desnudez, emprendían de nuevo sus expediciones. No contentos con robar en el mar, se lanzaron también sobre el continente, saqueando los pueblos y queriendo hacer conquistas.

El filibustero que conseguía salvarse de los peligros del mar, de las armas enemigas y del diente de los salvajes, acababa por lo común sus días en su patria rico y considerado. En efecto, tanto arrojo y tantas victorias excitaban la admiración, que se convertía fácilmente en aprecio. De todas partes venían una multitud de aventureros á asociarse con ellos, y los nombres de sus jefes Morgan, Bronaje, el Vasco, el Olonés, el Escudero y Picard, se repetían como los de otros tantos héroes. Algunos gentiles hombres franceses, tales como Gramont y Montbars no se desdijeron de asociarse á los peligros de los filibusteros.

El Olonés, natural del Poitou, se había hecho ya temible en las Antillas, cuando naufragó y vió á todos los suyos asesinados por los habitantes de Cartagena. Dejado por muerto con los cadáveres, entre los cuales se había ocultado, tomó, luego que entró la noche, los vestidos de un español que había sido muerto, encontró á los esclavos á quienes excitó á sublevarse, volviendo con ellos á la Tortuga. Habiéndose hecho nuevamente á la mar con veinte filibusteros, fué á cruzar delante del puerto de Los-Cayos en la isla de Cuba, haciendo el tráfico de pieles, azúcar y tabaco. Informado de su presencia el gobernador de la Habana, despachó un buque de diez cañones, tripulado por setenta hombres, y con ellos un negro encarado de degollar á todos los filibusteros ménos al Olonés. El atrevido corsario, que entró en el puerto con dos canoas para buscar algún barco mejor, se encontró con la fragata, cuya llegada ignoraba; pero lejos de asustarse, fué el primero en atacarles, apoderándose de ella. Entonces hizo fusilar uno tras otro á todos los hombres de la tripulación, excepto uno que envió á la Habana con una carta concebida en

estos términos: *Gobernador, he hecho con los tuyos lo que querías hacer con nosotros.*—EL OLONÉS.

De vuelta á la Tortuga con su presa se encontró allí al Vasco, su compañero de corso, y los dos reunidos proyectaron una expedición contra Maracaibo; el Olonés debía mandar mientras estuviesen embarcados, y el Vasco luego que saltasen á tierra. Atestaron con unos cuatrocientos hombres cinco ó seis barcos pequeños, el mayor de diez cañones, y se hicieron á la mar. Al doblar la punta oriental de Santo Domingo encontraron dos buques españoles, de los cuales se apoderaron; uno de ellos iba cargado de municiones de guerra y llevaba diez y seis cañones y ciento veinte hombres. De este modo ganaron ciento ochenta mil libras, llegando á siete el número de sus buques, tripulados por cuatrocientos cuarenta hombres armados cada uno de un fusil, un sable y dos pistolas.

Llegados al lago de Maracaibo se apoderaron de la fortaleza que cierra su entrada, aún cuando fué defendida por doscientos cincuenta soldados y catorce piezas de artillería. Los habitantes del Maracaibo huyeron y se refugiaron á Gibraltar, plaza que se hallaba en buen estado de defensa; al mismo tiempo fué inundado el campo y cubierto de troncos y ramas de árboles; no quedaba más que una estrecha calzada en que apenas cabían seis hombres de frente, defendida por una batería de veinte piezas; pero los filibusteros, arrojando el fuego y el agua, se precipitaron sobre el enemigo y le obligaron á rendirse.

El Olonés hizo poner en tortura á muchos desgraciados para obligarles á descubrir sus tesoros, y á otros los impuso gruesos rescates, obligándose, si los pagaban, á no causar vejaciones en el pueblo; pero habiéndose negado á ello, hizo embarcar los ricos y el botín y puso fuego á la ciudad. Cuando los filibusteros procedieron al reparto en Santo Domingo se hallaron dueños de 360.000 escudos, sin contar más de un millón de escudos en ornamentos robados á las iglesias; de quinientas mil libras de tabaco y los prisioneros, que fueron vendidos á pública subasta.

Luego que el Olonés volvió á la Tortuga, dirigió sus miradas codiciosas hácia las ciudades

y aldeas de la bahía de Honduras; llegado á la vista de Porto Cabello, se apoderó de un navío español de á ochenta, y quemó la ciudad. Se puso entonces á la cabeza de trescientos hombres decididos y fué á tomar la pequeña población de San Pedro, que redujo igualmente á cenizas, y haciéndose de nuevo á la vela, capturó un rico barco de setecientas á ochocientas toneladas, que partía todos los años desde España para el golfo de Honduras.

Poco tiempo después, el Olonés fué devorado por los salvajes en la costa de Darien.

El galés, Enrique Morgan, con tanta intrepidez como el Olonés, tuvo más suerte. Habiéndose apoderado de Puerto-Príncipe, de Cuba, en medio del poder español, se halló á la cabeza de nueve buques y cuatrocientos setenta hombres, ingleses y franceses, con los cuales sitió por la noche á Puerto Bello. Durante quince días lo redujo á tales apuros, que faltaron los viveres, y las enfermedades consumieron la población; sin embargo, no consintió en retirarse sino después de haber recibido del gobierno de Panamá una suma de cien mil escudos; entonces se marchó con setenta y cinco mulos cargados de botín.

Semejante fortuna inesperada atrajo á su lado un gran número de jefes, llegando á tener á sus órdenes quince navíos y novecientos sesenta hombres. Lanzóse también sobre Maracaibo, y habiendo encontrado en el fuerte muchas armas y municiones, saqueó la ciudad, y lo mismo hizo en Gibraltar. Atacado por tres fragatas españolas, echó á pique una de ellas y se apoderó de las otras dos sin perder ni un hombre, repartiendo después con sus compañeros una suma de dos mil quinientos duros, sin contar las telas.

Otra vez cayó sobre Santa Catalina, isla protegida por diez fuertes y bien provista; gracias á las municiones que allí encontró, fué á atacar á Panamá, batió al ejército español y quemó la ciudad. Habiéndose sustraído en seguida al descontento de los suyos, se retiró á la Jamaica, donde fué hecho caballero y nombrado comisario del almirantazgo, en cuyo cargo desplegó un rigor extremado contra sus antiguos compañeros.

Otros filibusteros, en número de trescientos treinta y uno, arribaron á Darien, y provistos de